

## VIOLENCIA EN PANTALLA: TELEVISIÓN, JÓVENES Y VIOLENCIA EN COLOMBIA

Jorge Bonilla / Omar Rincón

Este trabajo tiene como propósito presentar algunos de los resultados más relevantes de una investigación exploratoria sobre el consumo y la recepción que jóvenes entre quince y veinte años de cuatro ciudades del país (Bogotá, Cali, Medellín y Barranquilla) realizaron de la programación televisiva en Colombia durante los años 1996 y 1997. El objetivo central del estudio fue conocer las opiniones y percepciones de los jóvenes sobre las violencias que ven en la televisión y la relación que ellos establecieron con las violencias que vive el país.

Para dicho cometido esta investigación pretendió no sólo describir las tendencias de recepción televisiva en los jóvenes, hombres y mujeres de las tres clases sociales, sino también reconstruir las formas en que ellos y ellas percibieron las violencias en la televisión.

Para explorar la relación entre televisión, violencia y jóvenes en Colombia, a partir del consumo y la recepción, este estudio se basó en dos procesos metodológicos. Por un lado en el diseño y aplicación de una encuesta estructurada mediante la cual se indagó por:

- a) las tendencias de consumo televisivo en los jóvenes;
- b) las formas en que ellos perciben y comprenden las violencias televisivas;
- c) las opiniones que los jóvenes tienen de las violencias en la sociedad colombiana.

Por otro lado, la investigación acudió a la realización de varios grupos de discusión, cuyo objetivo fue conversar con los jóvenes acerca de la televisión y de las formas como se perciben y tematizan en su vida cotidiana las violencias presentadas en la televisión.

¿Por qué desde el consumo y la recepción de la televisión? Porque los programas de televisión no actúan en el vacío social. La televisión propone formas de interpretar el mundo que las audiencias interpretan desde sus experiencias cotidianas y desde sus concepciones políticas y culturales. Por eso, el propósito de esta investigación fue averiguar qué percepciones tienen los jóvenes de la televisión y cómo usan sus contenidos en la vida diaria. Se intentó conocer los lugares sociales desde donde son «leídos» los mensajes de violencia, las complicidades y resistencias que allí entran en juego, las pautas culturales que permiten la identificación con los contenidos de violencia o que propician su rechazo, por ejemplo.

En este estudio se comprendió a la televisión como una institución social y profesional que participa en las producciones de sentido de la sociedad y como un escenario de representación de las violencias que suceden en Colombia. De este modo, el trabajo consideró que hoy no podemos comprender la influencia que la televisión ejerce en las conductas y mapas mentales de los más jóvenes, si además no conocemos las demandas que ellos le hacen a la televisión y el papel que ésta desempeña en los procesos de recomposición de lo social en países con niveles de violencia homicida, miedos ciudadanos y vacíos institucionales tan marcados como Colombia.

Pero además esta investigación asumió que ser joven no sólo responde a parámetros biológicos sino a factores culturales que emanan de ser socializado con «nuevos» códigos, destrezas, lenguajes y formas de percibir, apreciar, clasificar y distinguir. En este contexto, el joven no se puede definir de una manera sino como una multiplicidad de formas de ser, actuar y participar en la sociedad. Ser joven es una condición que se articula social y culturalmente en función de la edad con: la generación a la que se pertenece, la clase social de origen, el género y las instituciones sociales (familia, escuela, partidos políticos, medios de comunicación).

### LOS JÓVENES, LA PANTALLA Y LA VIOLENCIA

Algunos resultados de la investigación:

#### **2.1 Tiempo libre, televisión y familia**

Ante la pregunta sobre «cuál era la principal actividad que los jóvenes realizan en su tiempo libre» se encontró que el 26.2% prefiere hacer deporte. Los jóvenes de las tres clases sociales coinciden en afirmar que su principal actividad en tiempo libre es hacer deporte y ejercicios. Esta actividad la prefieren el 21.5% de los jóvenes de clase alta, el 27.9% de los jóvenes de clase media y el 26.9% de los jóvenes de clase baja.

Sin embargo, a pesar de que el deporte es la principal actividad realizada en el tiempo libre por los jóvenes, sobre todo por los hombres, y que éstos también dicen salir a la calle con sus amigos, lo que caracteriza el tiempo libre de los jóvenes es el repliegue hacia lo domiciliario. Escuchar música (17.2%), ver televisión (17.2%), leer y/o estudiar (15.4%) y descansar (4.0%) son actividades que tienen su eje en el hogar. A este respecto hay que señalar que son los jóvenes de clase alta y clase media los que más preferencia muestran por vivir su tiempo libre en calidad de consumidores de productos culturales domiciliarios como la música, la televisión y la lectura.

Los jóvenes ven televisión principalmente por distracción y entretenimiento. El 46% de sus respuestas apuntan en este sentido. Así mismo, se encuentra que el 28.5 % de los jóvenes encuestados afirma ver televisión para informarse y actualizarse. Sin mayor explicación, el 28.2% de los jóvenes afirma que ven televisión porque no hay nada más que hacer.

En su gran mayoría los jóvenes acostumbran ver televisión en compañía de su familia. Para los jóvenes de clase baja, por ejemplo, el porcentaje de ver televisión con la familia es del 72.6% frente a un 29.1% que respondió que acostumbra ver televisión sin compañía. Para los de clase media el porcentaje de ver televisión con la familia es del 68.8% frente al 38.6% que respondió que acostumbra ver televisión solo(a). Por su parte, los de clase alta manifestaron que ven televisión en compañía de su familia en un 51% frente a un 48.0% que respondió que lo hace solo(a).

Para los jóvenes de clase alta ver televisión nacional representa el 36.3% de sus respuestas, mientras que la televisión por suscripción (31.9%) y la televisión parabólica (31.9%) representan en conjunto el 63.8% de sus preferencias. Es decir, ven más televisión por estos dos sistemas que por el sistema nacional de televisión.

La televisión regional es poco vista por el conjunto de los encuestados. Los jóvenes que más ven este tipo de televisión son los de clase baja. Aunque apenas el 10.3% de los jóvenes de clase baja ve televisión regional, ésta es la cifra mayor en comparación con las de las otras clases sociales. Así mismo, son los jóvenes caleños los que más televisión regional ven: 6.8% acostumbra hacerlo.

Los jóvenes prefieren por un alto margen las películas: el 61.9% seleccionó a las películas como sus preferidas. En segundo lugar de preferencia aparecen los musicales con 42.5% de las respuestas. Los telenovelas ocupan un tercer lugar de preferencia con un 34.8%.

Aunque en el porcentaje global las telenovelas ocupan el quinto lugar de las preferencias televisivas de los jóvenes, con el 26.9%, son las mujeres quienes acostumbran ver más este tipo de programas. El 40.6% de ellas afirma ver telenovelas en comparación con el 13.0% de los hombres que lo hace. Entre las clases sociales, son los jóvenes de clase alta los que menos ven telenovelas (18.3%), en contraposición a los jóvenes de clase media que lo hacen en un 25.3% y los de clase baja que afirman ver este tipo de programas en un porcentaje del 36.1 %.

Llama la atención que los programas de opinión se encuentren entre los menos vistos por las tres clases sociales. Así, para los jóvenes de clase alta, sus preferencias alcanzan el 16.1 % respecto a este tipo de programas. Para los jóvenes de clase media los espacios de opinión representan el 13.7% de sus preferencias y para los de clase baja el 10.1 %.

Vale destacar que para los hombres los noticieros son considerados como programas que no se parecen a la/su vida cotidiana (éstos ocupan la octava opción dentro de las respuestas de los hombres). Sólo el 1.5% de los hombres afirma que en los contenidos de los noticieros existe alguna relación con la cotidianidad de ellos y/o de las personas. Las mujeres en cambio consideran a los noticieros como su segunda opción dentro de los programas que más parecido tienen con el diario vivir. El 16.3% de ellas está de acuerdo con esta afirmación.

## **2.2 Televisión y violencia**

Los jóvenes mencionaron 67 programas considerados como violentos. Entre estas menciones los noticieros obtuvieron el primer lugar con 12.9% menciones, le siguen las películas con 11.9% «Los Simpson» con 11.4% . «Los caballeros del zodiaco» con 8.5% y «El renegado» con 5.5%. En un segundo grupo tenemos a «Hombres de honor» con 3.5%, «Los power rangers» con 3.2%. «El correcaminos» obtuvo el 2.7% y «Fuego verde» el 2.5% de las menciones.

Entre los 24 programas mencionados por los jóvenes de clase alta, el 18.3% de estos jóvenes considera que los noticieros son los programas más violentos de la televisión. Por su parte, los jóvenes de clase media mencionan 32 programas, de los cuales consideran como el más violento a la serie de dibujos animados «Los Simpson», con un 15.2% de sus respuestas. El 13.6% de estos jóvenes menciona a los noticieros y el 9.4% a «Los caballeros del zodiaco». Los jóvenes de clase baja

mencionan 36 programas de los cuales consideran como el programa más violento a las películas, con un 15.3% de sus respuestas. A éstas les siguen, conjuntamente, los noticieros (8.4%) y la serie «Los Simpson» (8.4%).

El 24.9% de los jóvenes encuestados considera que la principal razón para catalogar a un programa como violento es la presentación de escenas de guerra o escenas fuertes de violencia. El 18.9% de los jóvenes indica que un programa es violento cuando expresa violencia juvenil o peleas entre pandillas. Para el 14.5% de los jóvenes encuestados la violencia de un programa de televisión se debe a que éste presenta violaciones contra los derechos humanos. Para el 14.3% de los jóvenes las razones están en que los programas de televisión presentan muchos asesinatos.

La mayoría de los jóvenes afirma no saber o no recordar una escena de violencia que los haya impactado. Sin embargo, cuando señalan alguna escena violenta cabe destacar que la mayor parte de ellas se refiere a hechos de sangre; terrorismo y masacres (10.4%) mutilaciones de personas (7.5%), muertes provocadas (7.0%), escenas crueles de guerra (6.7%) y torturas (6.5%).

Entre los jóvenes de clase alta, el 11.8% coincide en nombrar a las muertes provocadas como las escenas de violencia que mayor impacto les ha causado. El 9.7% señala a las muertes por incineración como las que más los ha impactado mientras que un 7.5% nombra a las escenas que muestran actos terroristas, masacres y mutilaciones. Entre los jóvenes de clase media el 13.0% afirma que las escenas que muestran actos terroristas y masacres son las que más los ha impactado, el 9.7% señala a las mutilaciones de seres humanos y el 5.7% nombra a las muertes por armas de fuego como las escenas de violencia con mayor impacto. Los jóvenes de clase baja, por su parte, señalan en un 10.9% que las escenas de violencia que más los ha impactado son las que contienen torturas contra seres humanos, el 8.4% afirma que las que muestran acciones terroristas y masacres, mientras que otro 8.4% señala a las escenas crueles de guerra como las que más impacto les ha causado.

### **2.3. Sociedad colombiana**

Los jóvenes coinciden en calificar a la sociedad colombiana privilegiando puntos de vista negativos. El 22.1% describe a nuestra sociedad como corrupta. El 17.4% afirma que vive en una sociedad con desigualdades sociales y pobreza. El 16.9% opina que esta es una sociedad mediocre y conformista, mientras que el 15.9% considera que nuestra sociedad es violenta.

El 20.4% de los jóvenes de clase alta opina que Colombia es una sociedad corrupta; igual opinión tiene el 21.6% de los jóvenes de clase media y el 24.4% de los jóvenes de clase baja. Así mismo, ambos sexos destacan a la corrupción como la principal característica que identifica a nuestra sociedad. Así lo afirma el 23.0% de los hombres y el 21.3% de las mujeres.

En general, sólo el 17.9% de los jóvenes considera que vive en una sociedad trabajadora (10.0%), amistosa (6.2%) y normal (1.7%). En cuanto a la primera opinión positiva sobre la sociedad colombiana, la descripción de los jóvenes de las tres clases sociales coincide en afirmar que ésta es una sociedad trabajadora. Así opinan el 8.6% de los jóvenes de clase alta, el 9.5% de los jóvenes de clase media y el 11.8% de los jóvenes de clase baja, siendo estos últimos los que más destacan este rasgo positivo de nuestra sociedad.

En cuanto a las percepciones sobre la violencia, los jóvenes asocian lo violento no sólo con actos físicos como los asesinatos individuales, las masacres, el terrorismo, las muertes provocadas, etc. sino con otras realidades asociadas con problemas de tipo social y político. Cuando a los jóvenes se les pregunta por lo que ellos consideran como acciones de violencia en nuestra sociedad, es interesante encontrar que el 78.2% de sus respuestas se refiere a violencias que atentan contra la vida o la integridad de las personas, relacionadas básicamente con hechos de sangre.

Pero también es interesante observar que un 60.7% de sus respuestas señala como acontecimientos de violencia aquellas situaciones que tienen que ver con problemas estructurales e institucionales de la sociedad colombiana como la intolerancia (18.7%) la corrupción política (14.6%) la falta de educación (12.9%) la agresividad (14.7%), la injusticia (9.5%) y la indiferencia (3.0%), entre otras.

Para los jóvenes el narcotráfico no aparece como un actor importante de violencia, al menos no cuando se le señala con nombre propio. El porcentaje de respuestas que ubican al narcotráfico en relación con la violencia, o con acciones directas de violencia en el país, es mínimo: sólo el 6.0% de los jóvenes así lo considera en comparación a las acciones de la guerrilla que son consideradas como violentas por un 26.1% de los jóvenes.

Para los jóvenes de las tres clases sociales existe violencia en nuestra sociedad cuando ocurren acciones que tienen que ver con la violación de los derechos humanos fundamentales de las personas. Así lo manifiesta el 34.4% de los jóvenes de clase alta, el 30% de los jóvenes de clase media y el 31.1 % de los jóvenes de clase baja. Según los jóvenes, la violencia también tiene lugar cuando existe la intolerancia, la corrupción, los asesinatos, la injusticia, la falta de educación y la presencia de actores armados al margen de la ley.

Vale la pena destacar que para los jóvenes de las tres clases sociales los movimientos guerrilleros y los paramilitares representan un importante factor de violencia en nuestra sociedad. De acuerdo con las respuestas, las acciones de la guerrilla y de los paramilitares son consideradas como violentas para el 22.5% de los jóvenes de clase alta, para el 29.47% de los jóvenes de clase media y para el 23.53% de los jóvenes de clase baja. Este dato se contrapone con la calificación que reciben las acciones del narcotráfico en cuanto otro actor de violencia en el país. Las acciones del narcotráfico no son percibidas tan violentas como las de la guerrilla o los paramilitares. Sólo el 5.3% de los jóvenes de clase alta señala que el narcotráfico es un factor de violencia en el país, mientras que para los jóvenes de clase media el porcentaje es de 5.7% y para los de clase baja es de 6.7%.

No obstante, es en Barranquilla donde los jóvenes más destacan el narcotráfico como otro factor de violencia en Colombia: el 21.6% de ellos así lo considera. Este porcentaje se reduce notoriamente entre los jóvenes de las otras ciudades. En Bogotá sólo el 1.8% afirma que el narcotráfico es un factor de violencia en Colombia, en Cali el porcentaje es del 5.5% y en Medellín ni se menciona.

La opinión mayoritaria entre los jóvenes es no justificar la violencia en ningún caso. Así lo considera el 56.2 % de ellos. El 21.4% de los jóvenes opina que la violencia sí se justifica en caso de defensa propia. Los jóvenes de clase alta son quienes más justifican ejercer la violencia en caso de defensa propia (29.0%). Entre tanto, son los jóvenes de clase baja los que menos de acuerdo están con acudir a la violencia en caso de defensa propia, sólo el 15.9% se muestra a favor. Los jóvenes de clase media opinan en un 21.0% que la violencia sí se justifica para tales fines.

Para los jóvenes de clase alta utilizar la violencia con el fin de ejercer justicia por cuenta propia y/o para cobrar venganza representa el 16.2% de sus opiniones. En la clase media los jóvenes que justifican la violencia para ejercer justicia por cuenta propia y/o para cobrar venganza representa el 7.8% de sus opiniones. En la clase baja estas mismas opiniones representan el 11.7%.

La mayoría de hombres y mujeres concuerdan en que la violencia no se justifica en ningún caso, sin embargo la proporción de respuestas entre los hombres sobre este punto es mucho menos que la de las mujeres. Así, mientras el 48.5% de los hombres no justifica ejercer la violencia en ningún caso, la cifra de mujeres es mayor: el 63.9% de ellas no la justifica.

El 22.5% de los hombres justifica la violencia cuando ésta se relaciona con la defensa propia. El 20.0% de las mujeres está de acuerdo con dicha apreciación. Son los hombres quienes más justifican acudir a la violencia en casos donde haya que castigar a los delincuentes. El 11.0% de ellos opina afirmativamente sobre este punto, en contraposición a las mujeres que opinan lo mismo en un 4.5%.

## 2. IMÁGENES PÚBLICAS, TEMORES PRIVADOS

Algunas conjeturas en torno a la investigación:

Las siguientes conjeturas sobre los datos arrojados por la investigación Televisión, violencia y jóvenes en Colombia tienen como propósito fundamental relacionar la percepción que los jóvenes tienen de las violencias diarias del país con las violencias que ven en televisión. Dicho de otra forma, ¿qué hechos de violencia cobran fuerza en las representaciones que los jóvenes hacen de esta sociedad? ¿y de qué mediaciones televisivas están hechas hoy nuestras violencias?

### 2.1 Violencias reales: de la violencia a las violencias

Para iniciar, resulta elocuente que los jóvenes perciban la violencia no sólo desde el daño contra la integridad física de las personas, sino desde sus vinculaciones con problemas de tipo social, cultural y político que hoy vive el país. En este sentido, hay una preocupación de los jóvenes por las violencias que atentan directamente contra la vida. No en vano son las violaciones contra los derechos humanos ocasionadas por muertes provocadas, asesinatos con armas punzocortantes y de fuego, masacres, incineraciones, torturas, actos terroristas, entre otras, aquellas situaciones que adquieren bastante protagonismo en las percepciones juveniles sobre la violencia.

Es muy sintomático que cuando se les pregunta a los jóvenes por las imágenes de violencia que más recuerdan aparecen las figuras asociadas al terror corporizado, las mutilaciones, los cuerpos destrozados o los instrumentos que los explotan o los abren (desde las bombas a los cuchillos). Como bien sostiene el investigador colombiano Germán Rey, «hay aquí una terrible persistencia en la memoria que recoge los rituales macabros de las muertes llegando a recomponer, en el caso de la violencia colombiana, una cruenta simbología de la agresión ejercida con sevicia sobre el cuerpo del otro». Sin embargo también se evidencia por parte de los jóvenes la tematización de otras realidades que ellos relacionan con la violencia aunque no sean acciones de violencia física- asociadas con la desintegración y la desigualdad social, la corrupción política y la intolerancia de los colombianos.

Más allá de objetar esta confusión para designar la violencia, sobre todo en un país donde este término se utiliza para nombrar múltiples agentes y procesos: guerrilla, paramilitares, delincuencia común, asesinatos, corrupción política, inseguridad ciudadana, falta de educación, etc. consideramos que lo que allí emerge es una doble concepción de la violencia. En las respuestas existe una relación muy estrecha entre las violencias más físicas que los jóvenes perciben como una amenaza que pueden sufrir en carne propia, es decir, de las que pueden ser víctimas a través del homicidio y el daño físico, y las violencias más estructurales que ellos asocian con la desigualdad y la desintegración social, las carencias colectivas y la crisis de legitimidad institucional.

Lo anterior no fuera objeto de atención si además no constituyera un elemento clave en la percepción negativa que los jóvenes tienen de la sociedad en la que les ha correspondido vivir. Sociedad y violencia van de la mano en los datos arrojados por la investigación. En efecto, la mayoría de ellos considera que viven en una sociedad, la de sus ciudades y su país, a la que califican a partir de estas mismas concepciones de violencia: corrupta, intolerante, mediocre, desigual, indiferente, individualista, sin educación y, como si fuera poco, violenta. De ahí que a la hora de los balances el porcentaje de los jóvenes que piensan lo contrario, valga decir, que percibe pasivamente a la sociedad, es mucho menor. En general, sólo el 17.9% de las respuestas de los jóvenes apunta a que viven en una sociedad trabajadora, amistosa y normal.

También llama la atención en las percepciones que los jóvenes tienen de la violencia, la relación que allí podríamos establecer con los actores que la protagonizan y los escenarios donde ésta se realiza. En cuanto a lo primero, los jóvenes perciben como actores de violencia en nuestra sociedad a los guerrilleros, los delincuentes, las pandillas juveniles, los políticos y los narcotraficantes. Si articulamos las respuestas sobre violencia y sociedad encontramos que los actores más violentos son la guerrilla y los paramilitares, en la medida en que sus acciones son las más calificadas. Respecto a los otros actores de violencia surge una pregunta fundamental: ¿a quiénes se dirigen los jóvenes cuando hablan de la corrupción como un tipo de violencia? La respuesta, a costa de simplificar el análisis, pensamos está dirigida a tematizar tanto el poder corruptor del dinero del narcotráfico como las costumbres políticas de la dirigencia nacional, en tanto ambas aparecen asociadas con violencias de carácter estructural e institucional y no necesariamente con acciones directas contra la vida humana.

Nuestra conjetura es que la corrupción a la que los jóvenes se refieren se encuentra asociada con la utilización del poder en beneficio privado, o como diría uno de ellos, «a espaldas de los demás». Esto por medio de prácticas como el chantaje, el soborno, la intimidación, el clientelismo, la malversación de fondos y el abuso de autoridad en los cuales estarían involucrados sujetos públicos como los políticos y sujetos al margen de la ley como los narcotraficantes. No obstante, es necesario precisar que para los jóvenes el narcotráfico no aparece como un actor importante de violencia, al menos no cuando se le señala con nombre propio. El porcentaje de respuestas que asocian al narcotráfico con la violencia o con acciones directas de violencia en el país es mínimo: sólo el 6% de los jóvenes así lo considera. Esta contradicción pensamos se debe a que el actor narcotráfico es percibido más en términos de la violencia relacionada con la corrupción que de la violencia asociada con situaciones que atentan contra la vida de las personas.

En cuanto a los escenarios de la violencia, aparece una constante que se puede inferir de las respuestas de los jóvenes. Si nos detenemos en los principales hechos de violencia que atentan contra la vida y/o afectan la convivencia democrática de nuestra sociedad, y que según los jóvenes son las masacres, los asesinatos, los actos terroristas, las violaciones, los secuestros, las riñas, la corrupción, la intolerancia, etc. encontramos que por simple asociación los escenarios donde estos hechos acontecen son, en su mayoría, los espacios públicos de la calle, el barrio, la ciudad, el campo, los pueblos, pero también los de las instituciones públicas y políticas del país. Muchas menos son las respuestas que relacionan este tipo de violencia con los espacios privados de la casa (peleas familiares, insultos, agresiones, castigos, maltrato, etc.).

Nuestra conjetura en este aspecto es que la percepción social que los jóvenes elaboran sobre las acciones de violencia en el país marcha paralela al reconocimiento que ellos efectúan de los espacios sociales donde estas acciones se presentan. Y esos espacios son los que se refieren a la vida pública donde se tramita la convivencia colectiva de los colombianos. A

nuestro entender, esto significa que para los jóvenes la violencia que más impacta por el miedo a la desintegración social que produce es aquella que tiene que ver con lo que sucede afuera de los espacios privados de la casa y el hogar, es decir, la violencia que está relacionada con ámbitos públicos de la ciudad o de la vida institucional del país.

## **2.2 Violencias televisivas: las mediaciones de la pantalla**

Así como los jóvenes distinguen dos tipos de violencia en la sociedad, también diferencian dos tipos de violencia en la televisión: aquella que está presente en los géneros narrativos y formatos televisivos tradicionalmente asociados con la entretención; y aquella otra que tiene que ver con los sucesos que presenta la información. En el primer caso se trata de una violencia que los jóvenes consumen a través de géneros provenientes del drama, el suspenso y la ficción, y de narrativas que hacen del conflicto -y la violencia- una forma privilegiada de relatar historias y de resolver problemas en ciertos programas de la televisión. En el segundo caso se trata de una violencia que se expresa en situaciones reales, y cuya forma de contar está básicamente relacionada con géneros informativos y formatos televisivos propios de los noticieros de televisión. A riesgo de simplificar, detendremos la mirada en la violencia que se presenta en los espacios informativos, a partir de su relación con el ámbito de lo público y la sociedad colombiana.

¿Por qué los jóvenes afirman que los telenoticieros son los programas más violentos -o que muestran más violencia en nuestra sociedad, incluso más que las películas, los dibujos animados, los seriados, los dramatizados y las telenovelas? Habría dos hipótesis que intentar. La primera de ellas es que esta afirmación de los jóvenes sobre la contundente presencia de las violencias informativas en las percepciones que ellos elaboran de la realidad apunta a un hecho fundamental: que los procesos de comunicación son el campo clave de reconocimiento social y cultural. En los telenoticieros los jóvenes reconocen las violencias con que están hechas sus realidades locales, nacionales y mundiales. Las que allí ven, a pesar de las mediaciones que produce el relato informativo y de las imágenes construidas por la televisión, son violencias reales.

Nuestra segunda hipótesis es que en Colombia hace rato que asistimos a un «posicionamiento» de la violencia y de la crisis política como los insumos principales de la agenda informativa de los noticieros de televisión. Que los telenoticieros sean considerados por los jóvenes como los programas más violentos tiene que ver, por una parte, con que la información televisiva ha desempeñado un papel fundamental en la presentación de la violencia como noticia de interés público, logrando con esto un elevado protagonismo informativo que se evidencia en su capacidad para organizarle y decirle a la audiencia joven los asuntos de violencia sobre los cuáles hay que pensar. Si se revisa buena parte de las informaciones televisivas y se compara con las imágenes de violencia que a juicio de los jóvenes son las más impactantes, es posible constatar que los temas de violencia en los que confluyen los telenoticieros y los jóvenes son aquellos que se traducen en guerras, terrorismo, asesinatos, masacres, corrupción política e inseguridad.

Por otra parte, este «posicionamiento» de la violencia y de la crisis política del país tiene que ver con la tematización que hoy en día adquieren en las agendas públicas ciudadanas asuntos que hasta hace poco no figuraban en las agendas informativas de los medios de comunicación. En este sentido, temáticas como los derechos humanos y la corrupción política han logrado, al menos, una mayor visibilidad ciudadana, que no es atribuible exclusivamente a la conciencia democrática que viene de la escuela, la familia o las relaciones cotidianas, sino también a la teleinformación. ¿No será acaso que la televisión no sólo ha posicionado la violencia como temática central en la agenda informativa sino que ha permitido visibilizarla como un problema para los colombianos, sobre el cual se forman percepciones, juicios de valor, opiniones, temores y apatías acerca de lo que nos sucede como sociedad?

En este orden de ideas surge otro interrogante: ¿Por qué si los jóvenes gustan de programas repletos de violencia, la mayoría de ellos no justifica ejercerla en ningún caso? A nuestro juicio, el papel informativo de las violencias televisadas no sólo se reduce a confirmar que allí existe mucha violencia, y que la cantidad de los disparos, las víctimas y la sangre puede afectar la psicología de los más jóvenes, convirtiéndolos en delincuentes o terroristas en potencia. Los datos arrojados por la investigación nos invitan a pensar que en la televisión también se está mostrando un problema sobre el cual es necesario hablar y debatir.

Y con esto no estamos tratando de disculpar la responsabilidad pública que tiene la televisión en la conformación o deformación de las imágenes que nos hacemos como sociedad, a través de un protagonismo informativo que ha corrido paralelo a una visión «callejera» de la violencia, según la cual ésta se asocia cada vez menos con los «macro-conflictos» que vive la sociedad colombiana, y cada vez más a hechos de criminalidad y delincuencia que aluden a la «inseguridad ciudadana» y al temor colectivo. Como tampoco se trata de ignorar la espectacularización y la banalización con que buena parte de la información televisiva aborda los hechos de violencia reduciéndolos a un reality show que grita a los cuatro vientos ¡Abajo la información! ¡que viva la conmoción y sus discursos lastimeros! Lo que queremos afirmar es que no basta con denunciar

lo violenta que es la televisión si a la vez no se intenta preguntar cómo están elaboradas las mediaciones televisivas que se refieren a la violencia y de qué manera éstas retoman y procesan formas de comunicación que desde la vida cotidiana (escuela, familia, amigos) y escenarios de lo público (instituciones políticas, sociales, culturales) promueven el autoritarismo, la exclusión y la negación de formas dignas de convivencia en sociedad.

Es justamente en esta relación donde la televisión adquiere sentido cultural y los jóvenes se sienten partícipes del acontecer público, así sólo sea desde el «espejismo» y el simulacro de la información y la entretención. Pues lo que las mediaciones televisivas nos advierten es sobre la enorme desproporción existente entre el espacio ocupado por la televisión y la notable ausencia que hay en nuestro país, para decirlo en palabras de Jesús Martín Barbero, de «lugares adecuados para la expresión y negociación de unos conflictos que desbordan lo institucionalmente representable, esto es, la no representación en el discurso de la política y de la cultura de dimensiones claves de la vida y de los modos de sentir de las mayorías».

### **2.3 Miedos juveniles: televisión y espacios de lo público**

¿De qué tienen miedo los jóvenes y por qué? En un interesante análisis sobre los miedos como problema político, el investigador Norbert Lechner destaca la existencia de ciertos «peligros mortales» que son percibidos como amenazas comunes -reales o imaginarias- por los diferentes grupos sociales. «¿Qué percibe la gente como una amenaza vital?», se pregunta Lechner. «En primer lugar, desde luego, toda amenaza a la integridad física (asesinatos, tortura, asalto). En segundo lugar, lo que pone en peligro las condiciones materiales de vida (pobreza, desocupación, inflación, etc.)». Justamente, son estos miedos los que también caracterizan a las respuestas de los jóvenes.

Para decirlo en otras palabras, los jóvenes se refieren no sólo a las violencias que ven sino a las violencias que temen. Y esas violencias no son otras que las que guardan relación, como ya se ha dicho, con la vida pública de los colombianos. Más allá de la evasión psicológica que pueden representar las violencias que los jóvenes consumen en los espacios privados de la casa, y de gusto que dicen sentir por ellas (en la medida en que sus decisiones mayoritarias no son cambiar de canal apagar el televisor), lo que aquí nos interesa es llamar la atención sobre una clave fundamental: en los jóvenes las percepciones más visibles de violencia son las que advierten un miedo hacia los ámbitos públicos de la ciudad o de la vida institucional de la sociedad: es la vida pública -aquella que implica convivir con otros- como sinónimo de los peligros que acecha (asesinatos, masacres, actos terroristas, muertes provocadas, agresividad, corrupción etc.).

Esta sensación de vulnerabilidad y temor hacia la violencia tiene que ver además con que para los jóvenes las imágenes televisivas que contienen hechos violentos no son percibidas como algo lejano. La violencia que ellos ven en la televisión es incorporada como un reflejo real de la sociedad y de las relaciones de poder, expresión, información y entretenimiento que en ésta se verifican: «sirve para entender -como diría uno de los jóvenes lo que está pasando» O como afirma otro, «en los noticieros uno ve tantos muertos que le da remordimiento».

Sin embargo, resulta significativo que a pesar de este reconocimiento de la violencia en la sociedad, la mayoría de los jóvenes afirma que no identifican su cotidianidad con los programas de violencia que ven en la televisión. ¿Por qué esta paradoja? Porque referirse a la violencia, así sea la televisada, también (re)produce miedos reales en los jóvenes. Su deseo, el de ellos, es no reconocerse en los hechos que, si bien permiten conocer lo que sucede a su alrededor, amenazan su sentido de realidad y su instinto de seguridad. Para ellos la violencia ocurre en la pantalla o afuera en la sociedad; que ésta llegue a sus vidas cotidianas es una posibilidad de la que hablan como una amenaza real, mas no la desean.

Por eso tampoco es gratuito que cuando los jóvenes se refieren a la utilización del tiempo libre, el número de actividades que se relacionan con salir y usar la ciudad para hacer deporte, caminar, parcharse o divertirse con los amigos, represente en conjunto (sobre todo para los jóvenes de clase media y alta) un porcentaje menor que escuchar música, leer y/o estudiar o ver televisión.

Actividades estas últimas que, por cierto, muestran una preferencia hacia el consumo domiciliario. Aquí cabría preguntar: ¿cuánto de este temor a la violencia que sucede afuera, en la ciudad, los pueblos o el país, está asociado con un repliegue de los jóvenes hacia lo privado?

De ahí que la presencia y la capacidad de interpelación social que gana a televisión sea proporcional a la pérdida de representación, identificación y apropiación ciudadana que experimentan otras esferas de la sociedad como los partidos políticos. Quizás sea por eso que la televisión se constituya no sólo en un instrumento de ocio, como los jóvenes afirman, sino en un escenario de reconocimiento y encuentro cultural, desde donde éstos se conectan a través de la sala de estar con las violencias que ocurren en su ciudad, su país y el mundo. Todo lo cual nos lleva a pensar en el papel constitutivo que la

industria cultural del audiovisual está desempeñando en la reconfiguración del tiempo libre y en los modos de sentir, sobre todo de los más jóvenes.

De suerte que es la televisión la que pasa a ser mucho más que entretenimiento, estupidez o superficialidad, pues allí también habita esa pesadez que se esconde tras las bambalinas del desencanto y los miedos de la juventud. Ni la televisión es un chivo expiatorio que por sí mismo se sobra y se basta para explicar las violencias que nos desintegran como país, ni su papel se reduce a un simple aparato, transmisor inocente de las violencias que nos destruyen como sociedad.

A MODO DE FINAL

### **Una agenda para la discusión**

Investigar la relación entre televisión, jóvenes y violencia en Colombia es de vital importancia para nuestra convivencia democrática. Y no lo es sólo porque la juventud expresa una serie de demandas específicas en las áreas de la educación, la recreación, el tiempo libre, la cultura, la familia, la seguridad social y el deporte, sino porque asistimos a un protagonismo de la televisión en la reconfiguración de las propias formas de pensar, sentir y actuar en sociedad.

Los resultados arrojados por este estudio apuntan a un hecho fundamental: la necesidad de esbozar una agenda de discusión para asumir políticas públicas y culturales en torno a la juventud y a los medios de comunicación. Esto es necesario porque los problemas de desempleo, delincuencia, drogadicción, falta de participación e indiferencia que afectan a los más jóvenes también pasa por la ausencia de políticas adecuadas para abordar el crecimiento y la complejidad de esta población que no se reduce a ser considerada como un recipiente que debe ser «educado», «entretenido» y «controlado». Sabemos que los jóvenes de hoy deben integrarse a una sociedad mucho más compleja que ya no puede ser representada desde una única esfera social, política o cultural (la familia, la escuela, los partidos políticos) ni desde esquemas de «administración de la población» que confinan a la juventud a ser tratada como una simple población de consumo y/o peligro social.

Esto también es importante porque implica pensar y repensar políticas públicas en torno a instituciones de socialización y reconocimiento cultural de tanta presencia en la vida cotidiana de las personas como son los medios de comunicación. En Colombia insistir en políticas públicas y culturales para la televisión pasa por asumir en serio- la responsabilidad social de los medios de comunicación, la democratización y la pluralización efectiva de las representaciones mediatizadas que dan cuenta de lo que somos y deseamos ser en tanto sociedad. Pues lo que en este país se pone en evidencia es que las violencias no sólo están atentando contra la vida física de las personas sino también contra el tejido comunicativo de la democracia, es decir, contra el reconocimiento, la solidaridad y la posibilidad de compartir con otros sin que el miedo se apodere de nosotros.

Si algo queda claro en los datos presentados en este estudio es que los jóvenes quisieran que sus obsesiones y sentimientos, sus sueños y saberes tuviesen un lugar en la pantalla. El hecho de que los jóvenes no sean considerados como sujetos plurales del relato televisivo y sólo lo sean en cuanto significan una población que hay que entretener desde el consumo o a la que hay que esquematizar desde el peligro social, es una forma de violencia que se ejerce sobre ellos. Ellos y ellas sólo piden que se les represente como ellos son, con sus conflictos, contradicciones, sueños y debilidades, que la televisión como el país los tome en serio y no sólo como problema social o lugar de consumo.

En este sentido los jóvenes reconocen que la televisión es una práctica donde se negocia los significados comunes pero inscritos desde y en la cultura. Por esta razón, casi que piden que los noticieros y el país tomen una actitud distinta de resolver los problemas, que se les reconozca como sujetos activos en la construcción de la democracia. Ellos y ellas insisten en que los problemas a resolver son los derechos humanos, la corrupción, la pobreza, la injusticia y la intolerancia. Afirmen que mientras la sociedad colombiana no sea justa, honesta y equitativa las violencias seguirán apareciendo en televisión... «así uno se aburra de ver siempre lo mismo».

Lo anterior se complementa con lo encontrado en los grupos de discusión donde los jóvenes definen a la violencia como nuestra incapacidad de resolver los conflictos por vía pacífica y del diálogo. Y aunque reconocen que la violencia se presenta en la televisión porque existe en la vida colombiana, critican a este medio por abusar de ella (en los diálogos, los personajes, los periodistas) y nunca presentar otras formas de solucionar los conflictos. A este respecto, en las percepciones de los jóvenes parece existir un carácter de inevitabilidad en la violencia televisiva, pero sobre todo, una doble relación por una parte con la realidad y por otra con la formación social y familiar que se tenga para saberla descifrar. Es explicable que cuando se les pregunta para qué sirve la violencia en la televisión respondan que es un ejemplo de lo que no se debe hacer,



una ayuda para el entendimiento del propio fenómeno o que es un espejo de nuestra sociedad. «Los programas violentos sí son necesarios porque permiten conocer» dice uno. « Con la violencia en televisión se está atajando la otra violencia: si a los niños no les dejan ver esos programas, los ven por la calle. Lo que hay que hacer es dejarlos para que ellos entiendan lo que está pasando», dice otro.

No sobra recordar que tenemos el deber de respetar y comprender el derecho de los jóvenes a producirse desde sus formas y sensibilidades. Es el deber de la sociedad para cambiar sus prácticas de corrupción e intolerancia. Es la urgencia de que los productores de televisión representen el ethos juvenil en sus pluralidades y conflictos. Es la honestidad de reconocer que las violencias son múltiples y que la televisión las representa y podría ayudar a comprenderlas y transformarlas democráticamente. Y es la importancia de tomar a los jóvenes como un otro que requiere ser reconocido como interlocutor política y culturalmente competente.

Enfrentar por tanto, las banalizaciones y los miedos producidos por los contenidos de violencia que presenta la televisión requiere contar con un Estado con capacidad democrática de mediación institucional, de una sociedad civil informada y con iniciativas ciudadanas y de unos sistemas comunicativos en los que se realice y se reconozca la diversidad de los temas, protagonistas y escenarios que participen en la sociedad. Parafraseando a Norbert Lechner, si nuestra democracia no puede responder a estos interrogantes, estaremos abocados a caer en el peor de los miedos: el miedo a imaginar otras televisiones posibles, más plurales, así como nuevas maneras democráticas de enfrentar las violencias que nos están destruyendo como sociedad.